





MADRID,
TELÓN DE FONDO



Eduardo Piqué

MADRID,
TELÓN DE FONDO



Primera edición: octubre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Eduardo Piqué

ISBN: 978-84-17961-84-8

ISBN digital: 978-84-17961-85-5

Depósito legal: M-33270-2019

Editorial Adarve



C/ Marcenado 14

28002 Madrid



editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com



Impreso en España



*A la memoria de mi madre,
madrileña de pura cepa, con quien empecé a descubrir
los barrios y rincones de nuestro Madrid.*



*A los madrileños de nacimiento,
corazón o adopción que han sabido
amar y comprender nuestra entrañable ciudad.*





*En Madrid, patria de todos,
pues en su mundo pequeño
son hijos de igual cariño
naturales y extranjeros...*
PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Madrid es un género literario
FRANCISCO UMBRAL

*Madrid es una ciudad sin terminar,
hecha a la medida del hombre*
BASILIO MARTÍN PATINO



LA CONCORDIA

Decidí un buen día dedicar algún tiempo a la ciudad que me ha visto nacer, que me ha visto crecer, que me ha visto tantas veces partir y regresar, que me ha visto pensar, sentir y soñar; que, en definitiva, me ha visto vivir más que cualquier otra. Qué menos. La verdad es que no fue la primera vez. Ya hubo otras ocasiones en las que, de una o de otra manera, le dediqué unas cuantas páginas. Sin embargo, me parecía estar en deuda con ella a pesar de todo. En este caso no quise que esta se convirtiera en el tema central, sino más bien que sirviese como telón de fondo a una serie de relatos breves cuya acción transcurriese en la misma, dejando así implícito el papel —no menos importante— que debería desempeñar en todos ellos.

Había tenido siempre la idea y el sentimiento de que en ella era fundamentalmente la concordia quien presidía sus días. Debo confesar que en el momento de escribir estas líneas no tengo todavía un concepto lo suficientemente preciso de lo que significa tal término como para definirlo con la exactitud que se merece, o tal vez, sencillamente, me faltan las palabras para hacerlo.


Es algo que se palpa en el ambiente, que se observa entre sus gentes y en sus comportamientos pero que se me evapora. No en vano se suele decir que Madrid es la ciudad donde nadie se siente extraño. De ser esto cierto —y no creo caer en la exageración si me reafirmo en ello reconociendo las excepciones que confirman la regla— podríamos ir aproximándonos a lo que podría entenderse como concordia.

Con la intención de acercarme lo más posible a este objetivo, realicé algunas consultas en aquellas fuentes que tenía a mi alcance, desde el *Diccionario de la Real Academia Española* hasta los clásicos griegos, pues ya Aristóteles en su *Moral a Nicómaco* hace referencia a esta. La definición que se daba en el primero se me quedaba corta, pues identificarla simplemente como «conformidad, unión, ajuste o convenio entre personas que contienden o litigan» me parecía insuficiente y fría. La fórmula aristotélica me ayudó a completarla al decir: «La concordia también parece tener algo de la amistad y no debe confundírsela con la conformidad de opiniones».


Pienso, por supuesto, que puede existir concordia con conformidad de opiniones, pero no es necesario. Basta con que estas se respeten, por muy diferentes que sean. Claro que la concordia, así entendida, se convierte más bien en una amistad civil y no en una amistad en el sentido íntimo de la palabra, pero quizás esto nos sirva para afinar algo más en la búsqueda de su significado.

Resultaría no sé si más aburrido, pero sí más propio de un tratado de filosofía seguir ahondando en este tema, y no es esta mi intención. Solamente quisiera añadir alguna breve aportación que encontré escudriñando en otros lugares en los que se hacía referencia al mismo. Consentimiento, aprobación o alianza; pacto o arreglo entre dos o más individuos o entidades; calma, paz y equilibrio; coincidencia amistosa que supone armonía; unión, simpatía, conformidad, camaradería, correspondencia, avenencia, consenso, fraternidad, compañerismo y reciprocidad parecen elementos que entran a formar parte del concepto de concordia. Tal vez con el contacto humano de las personas que van haciendo día a día su historia, esa historia con minúscula, sin la cual nunca podría escribirse o no tendría sentido hacerlo la Historia con mayúscula, podamos entender y asimilar el alcance real de este vocablo de origen latino, y hacer así posible una vida más feliz en un mundo más llevadero.

Empecemos desde el pequeño mundo de nuestra ciudad de la concordia. Veo en estos momentos la ciudad de Madrid como



esa colmena al estilo de Camilo José Cela, en la que miles y miles de personas viven sus días desarrollando su trabajo, ejerciendo su profesión, disfrutando de su edad dorada, aprendiendo en las escuelas, jugando en los parques y jardines, disfrutando del amor adolescente y charlando en las aceras o dialogando en los bancos de la calle. Aunque no existiera realmente el café de doña Rosa y hayan dejado de existir los chalets de señoritas de la calle de las Naciones, porque los tiempos cambian y nosotros con ellos —o puede que sea al revés, ya no lo sé—, lo cierto es que, en esos panales de abejas humanas, se sigue sintiendo el aroma de su diversidad en todos los sentidos, y también y sobre todo el de la transigencia, el de la tolerancia, el de la convivencia, el de saber recibir al que llega a nuestra casa. Quizá esté aquí la clave de lo que podamos entender por concordia.



LA IMAGINACIÓN

Iban los dos buenos amigos buscando desesperadamente la sombra una mañana de un caluroso mes de agosto. Esteban, eternamente obsesionado con el poder que la imaginación ejercía sobre todo lo que concierne al ser humano, a la civilización, al progreso y a la vida de las personas en todos sus aspectos, y a todo lo que a esta rodea, no paraba de hacer elogios a la capacidad de inventiva que, según él, solo les estaba reservada a algunos pocos afortunados que tenían el privilegio de poseerla. Todo tenía solución con la imaginación. Todo se resolvía con la imaginación. Luis, aunque no exento de esa fabulosa cualidad de imaginar, era bastante más realista y sabía combinar las dos cosas, reconociendo la necesidad de ambas a fin de lograr ese equilibrio tan necesario para tener un mínimo de éxito en la vida. Mientras el insoportable e insistente sol del verano hacía sus estragos en una de las calles del viejo Madrid y las gotas de sudor corrían a su antojo no solo por sus rostros sino también a lo largo de todo su cuerpo, el uno a su estilo quijotesco y el otro, algo más a lo Sancho Panza, defendían acaloradamente sus argumentos.

—Eso se arregla con imaginación.

—Sí, pero con imaginación solo no basta.

—Que sí, que sí, que te lo digo yo. Todo es cuestión de imaginación.

Los dos buscaban ansiosamente con la mirada algún chiringuito, alguna cafetería, algún bar, alguna de esas típicas tabernas coloradas de antaño donde apagar su sed, con tan mala suerte que, al

atravesar la calle de punta a punta, tan solo encontraron dos con el cierre echado y un cartel de «cerrado por vacaciones».

El problema del paro, la situación precaria de muchas familias, la desigualdad social, la corrupción, la falta de transparencia en la vida diaria de la sociedad y de los que de algún modo la regentan, la lentitud de la justicia, el mal funcionamiento de algunos servicios, la crisis de valores, incluso las actitudes y comportamientos de las personas..., todo era cuestión de imaginación. No había manera alguna de meterle a ese hombre en la cabeza que todo eso también era cuestión de otros muchos factores, entre ellos, la voluntad. Encerrado en el castillo del ingenio, él proseguía su discurso: la imaginación por aquí, la imaginación por allá, la imaginación por todas partes. Luis escuchaba cargado de paciencia toda la perorata en defensa de la consabida imaginación.

Llegaron a una plaza sin bares, mejor dicho, a una plaza con otro bar cerrado. Torcieron a la izquierda, siguieron por la acera de la sombra sin querer detenerse a mirar siquiera la acera de enfrente ni el azul del cielo, también rabioso de calor a esas primeras horas pasado ya el mediodía. Al final de la calle vieron una puerta pequeña y estrecha que parecía estar abierta. Llegaron a ella como dos bombones derretidos en pleno desierto, se les alegraron los ojos y no pudieron ocultar su satisfacción con una sonrisa en su boca de oreja a oreja al ver pintado sobre la puerta un cartel que en este caso decía: La jarra de oro. ¡Qué consuelo!

Por fin podrían calmar su necesidad de beber algo. Los dos se relamían los labios instintivamente, y al mismo tiempo ante la posibilidad de resarcirse de tantos momentos de sequía. Parece que en eso estaban de acuerdo. Entraron sin decir nada, sin saludar siquiera a pesar de ser personas educadas y correctas, tal era su estado en ese instante. Esta vez fue Luis quien tomó la iniciativa:

—Una caña, por favor.

—¿Una solo? ¿Y yo qué?

—Tú, te la imaginas.

LA ENVIDIA

Ricardo Martínez y María Jiménez eran compañeros de trabajo. El uno, procedente de Valencia, y la otra, procedente de Santander, coincidieron por uno de esos azares del destino —nunca mejor dicho— en los despachos de uno de los muchos ministerios de Madrid. Un poco cansados de una vida que les estaba resultando ya un tanto monótona, decidieron un buen día solicitar traslado para ocupar otro puesto de trabajo en la capital de España. Los dos se incorporaron prácticamente al mismo tiempo, el mismo día, con unos minutos de diferencia. A Ricardo le tocó situarse en una de las mesas que estaba justo al lado de una ventana. A María le correspondió justo la de enfrente, al lado de la puerta. Esta entró en su primer momento acompañada del jefe de negociado, que hizo las debidas presentaciones del resto del personal del departamento a los dos nuevos miembros que iban a formar parte de él, y adjudicó a la funcionaria el lugar donde tendría que desarrollar su cometido.

—Así es que tú eres nuevo aquí también.

—Sí, y veo que tú eres María, la que viene de Santander.

La verdad es que, frente a la simpatía natural de aquel hombre, ella mostraba una amabilidad más bien forzada, como la de la mujer áspera que era en el fondo. Pero aquel era el primer día y no parecía el momento más oportuno para empezar a declararle ya la guerra a ninguno de los compañeros que con ella se encontraban en aquella amplia habitación.

Los días fueron pasando, y tal vez por ser los últimos en llegar, tal vez por cualquier otro motivo, lo cierto es que ellos dos fueron

intimidando y creando una relación en un principio más fluida que la que tenían con los demás. Por otra parte, Ricardo era un muchacho agradable, trabajador y competente que se iba granjeando el aprecio y la amistad de los que le rodeaban, tanto en lo que a su vida profesional como en lo que a sus relaciones personales se refiere.

Una fría tarde del mes de diciembre, ya cercana a las Navidades, observó en María ciertas reacciones un tanto extrañas que ya había empezado a percibir en otras ocasiones sin querer darles demasiada importancia. Una mirada iracunda, una cara de haberse tragado un asador, un morro de tres metros de largo eran sus rasgos más visibles.

—¿Te pasa algo? —inquirió él, ya un poco cansado de esas miradas tan desagradables.

—Estoy más que harta de este asco de trabajo.

—Mujer, no es para tanto.

—¡Claro!, como tú tienes una mesa más grande que la mía, siempre llena de papeles porque todos te los traen a ti, al lado de la ventana, con un buen radiador —que era igual que el suyo, por cierto—, una buena lámpara de mesa de un color mucho más bonito que la de la mía, un buen sillón —el suyo no desmerecía en absoluto—, te llevas bien con todo el mundo, no te peleas con nadie y además hasta también tienes una úlcera que encima se te está curando...

El buen Ricardo se quedaba estupefacto antes tales afirmaciones y, mientras abría los ojos como platos y se quedaba boquiabierto, llegaba a la conclusión de que, decididamente, si hay algo negativo y absurdo en esta vida, eso es la envidia, porque la persona que es envidiosa sentirá envidia aunque no tenga nada que envidiar.

EL CAFÉ

Eran la siete de la mañana cuando sonó el despertador como sonaba todos los días de trabajo, con el compás de la sinfonía que tocara escuchar aquel día en la radio que lo había despertado. Se dio la media vuelta porque sabía que aquel reloj iba algo adelantado. Era el viejo truco que él empleaba para aprovechar esos últimos minutos, en los que, semidespierto, disfrutaba plácidamente de la música y del... digamos sueño. Como todas las mañanas en los días de trabajo.

Cuando dieron las siete en el viejo reloj de pared que había en el salón, supo que debía tomarse ya esas campanadas más en serio. Estiró los brazos hasta dar con uno de ellos en la pared que tenía más cerca, bostezó abriendo la boca cual brocal de pozo gigante, se incorporó de medio cuerpo en la cama, levantó la sábana encima y el edredón que la cubría y se plantó de un salto en el suelo con los pies clavados en el mismo. Como todas las mañanas en los días de trabajo.

Tomó consciencia de que ya estaba casi despierto y en condiciones de dar algún paso y se dirigió, atravesando el pasillo, al cuarto de baño que se encontraba al final de este, sin olvidarse de que antes de entrar en él tenía que rendir homenaje a uno de sus mejores e inseparables amigos: el café. Sacó el medidor del armario de la cocina. Echó en el filtro la cantidad correspondiente que previamente había cogido del tarro de cristal donde se encontraba el tesoro importado de uno de los países latinoamericanos que lo producen, puso la cantidad de agua necesaria, encendió la cafetera

y, al mismo tiempo que lo hacía, también se le iban encendiendo a él los ojos, y el destello de felicidad que de ellos se desprendía al contemplar cómo el polvo que se iba mezclando con el agua hirviendo acompañaba el saludo matutino que le dedicaba diariamente. Dándose cuenta de la premura de tiempo, interrumpió bruscamente el encanto de su espectáculo para entrar en el cuarto de baño. Como todas las mañanas en los días de trabajo.

Una vez dentro abrió el grifo de la ducha, dejando correr el agua durante algún tiempo para asegurarse de que estuviera caliente en el momento de meterse en ella. Lo hizo y se duchó rápidamente sin el regocijo de otros días no laborables en los que, teniendo más tiempo, podía permanecer unos minutos más. Después, mientras se afeitaba con la tradicional cuchilla, iba pensando en todas aquellas cosas relativas al trabajo que se le presentarían a lo largo del día. La verdad es que aquellas cavilaciones no le hacían mucha gracia a esas horas tan tempranas, pero había algo que empezaba ya a alegrarle entre pasada y pasada de la hoja de afeitar. Era el ruido burbujeante de la cafetera, que iba indicando cada vez más lentamente que la preparación de ese otro oro negro estaba ya próxima a su fin. Se secó la cara con la toalla y recogió todo rápidamente. Como todas las mañanas en los días de trabajo.

Al abrir la puerta tuvo la primera recompensa de la mañana. Algo —para él más bien alguien— le estaba aguardando en la encimera de la cocina. No era sino el café humeante y oloroso que, dentro de unos momentos, él mismo se encargaría de servirse con un poco de leche y media cucharada de azúcar. Así lo hizo y al mismo tiempo el café, que ya hablaba con su aroma, parecía estar mirándole desde el vaso, como si le estuviera esperando allí para darle también los buenos días.

Unos minutos más tarde, ya completamente vestido, con un largo abrigo azul marino abrochado hasta el cuello y su cálida bufanda roja de cachemir, salía del portal de su casa hacia la familiar churrería tradicionalmente madrileña, hija de la que se encuentra en la travesía de San Ginés, en la calle de López de Hoyos donde

le esperaba, como de costumbre, ese otro humeante café con leche que, junto con un buen par de porras recién hechas, completaría su cotidiano desayuno. Como todas las mañanas en los días de trabajo.

OCHO Y DIEZ DE LA MAÑANA

Metro Núñez de Balboa. Salida Plaza del Marqués de Salamanca. Ocho y diez de la mañana. Tenía más cerca otras estaciones, pero siempre acudía a ella porque esa era la forma más directa de ir a mi lugar de trabajo sin necesidad de hacer trasbordo. Solía encontrarme allí y a esa hora con una entrañable pareja ya de cierta edad. Ella, alrededor de los 60. Él, unos cuantos más, bastantes. Ella, un chaquetón a veces rojo, a veces negro, y siempre un elegante pañuelo de seda rodeándole el cuello. Él, un abrigo gris oscuro y una bufanda a cuadros, a veces verdes y rojos, a veces, marrones y blancos. Siempre la acompañaba hasta el mismísimo borde del primer peldaño de la escalera y, cuando empezaba a descender, él todavía intentaba sujetar sus manos, como pidiéndole que no se fuera aún. Se miraban fijamente, y aquella era una mirada llena de dulzura y resignación. Solo iban a ser apenas unas pocas horas, pero todo en la vida es relativo y sus ojos reflejaban lamentos de eternidad.

Me acuerdo perfectamente. No me es fácil olvidarlo. Metro Núñez de Balboa. Salida Plaza del Marqués de Salamanca. Ocho y diez de la mañana.

PIRULO Y CÉSAR

Pirulo se llamaba Luis Ortega, y César se llamaba César. Los dos fueron figuras imprescindibles en el mundo de la ilusión infantil de la que formaba parte el coleccionismo y cambio de cromos de todo tipo.

En el interior del Retiro, y no muy lejos de la Puerta de la América Española, se puede ver una escultura en forma de jarrón que sirve de recuerdo a alguien muy familiar para varias generaciones de niños que tuvieron la suerte y la alegría de poder completar sus colecciones de cromos intercambiándolos en el quiosco de *Pirulo*. Álbumes de futbolistas, de *Vida y color*, de *El mundo de la pintura*, entre otros, contribuían a colmar la ilusión infantil de los chavales de una época que va desde los principios de los años cuarenta hasta ya mediados los noventa del siglo pasado.

Luis Ortega Cruz (*Pirulo*) mantuvo un puesto plegable de chucherías junto a una de las puertas del parque madrileño, y luego lo hizo desde una tienda de la cercana calle de Sainz de Baranda, o posiblemente una de sus alledañas. Su mercadillo informal de cromos que canjeaba los fines de semana con centenares de niños era una institución en todo Madrid. Este solterón amante de los niños formaba sin duda alguna parte del paisaje humano de la ciudad en aquellos años, y dejó en ella una huella indeleble. No es de extrañar que, en la placa que figura al pie de su pequeño monumento, se hayan grabado unas sencillas palabras llenas de sinceridad, afecto y reconocimiento.

Los hombres de hoy, muchos de ellos ya bien maduros, otros puede que no tanto, los que llegaron a conocer a esta gran persona,

llena de humanidad, de generosidad y de iniciativa, aún recuerdan las palabras que ellos mismos pronunciaban al paso de los cromos que se deslizaban entre sus manos: «Este, sí. Este, no», «Sí le, no le, sí le, no le» (sí le tengo, no le tengo).

También recuerdan los chavales del otro extremo del barrio la tienda de César, en la calle del General Díaz Porlier, en aquella época Hermanos Miralles, antes General Díaz Porlier. La historia de César es, en cierto modo, paralela a la de *Pirulo*. Compartía con él la venta y cambio de cromos, y tenía también objetos de papelería que los chicos compraban con cierta asiduidad. Láminas de dibujo de Freixas, lápices, pinturas, gomas de borrar, bolígrafos, sacapuntas, botes de pegamento... desfilaban por el mostrador de su tienda al tiempo que los muchachos reunidos en el exterior, delante de la puerta, formaban sus corrillos para trocar sus cromos. Y otra vez: «Sí le, no le, sí le, no le», «repe, repe», «ese no lo tengo», «ese vale cuatro», «anda ya, que te lo has creído», «bueno, vale» ... Y ese maldito cromo que les falta para terminar la colección y que nunca sale al rasgar el sobre. «Lo tengo, lo tengo, ya lo tengo». Anhelos de aquella edad joven que suscitaban las pasiones más candorosas. Deseos reflejados en un simple trozo de papel ilustrado con alguna imagen. Afán casi desenfrenado por completar esa colección que se empezó ya hace algún tiempo. Eso era lo que muchas veces estaba en el ánimo de aquellos muchachos, que eran capaces de discutir hasta pelearse en algunas ocasiones por tener en su propiedad el rostro fotografiado del capitán de su equipo favorito, de su animal preferido, de su cuadro más admirado... lo que no conseguían con un golpe de suerte al comprar su mercancía intentaban alcanzarlo jugando al tacón, a la taba o a pares o nones. Caras de decepción y de satisfacción, brincos y saltos, movimientos a veces incontrolados motivados por un exceso de alegría. La energía de los pocos años se desparramaba con frecuencia por las aceras de las calles en las que *Pirulo* y César tenían sus establecimientos. Y era reconfortante porque los niños chillan, dan guerra, hacen ruido,

pero también son una fuente inagotable de esa alegría que se va repartiendo vehementemente entre todos los miembros de la comunidad, tengan la edad que tengan.

LAS TABERNAS COLORADAS

Como señales luminosas en las lineales aceras de las calles de Madrid aparecen las tabernas coloradas. Sonrientes, brillantes, alegres. Ya solo quedan algunas de las muchas que había en la ciudad unos cuantos años antes de que se escribiesen estas líneas. Aun así, y *como para muestra, un botón*, los barrios más castizos y tradicionales nos presentan ejemplos de ellas todavía existentes, unas conservando más la antigua solera de sus muchos años, otras algo más modernizadas, tratando de adaptarse a su manera a los nuevos tiempos. Unas mantienen en sus fachadas el color rojo chillón que tal vez nos atrae o tal vez nos alerta de que hay que hacer un alto en el camino. Otras —las menos, afortunadamente— a lo mejor ya han cambiado ese vivo color por otro más tenue y discreto.

Basta con darse un detenido y relajado paseo por los distritos más céntricos de la capital para observar locales como La Taberna de la Bola, cuyo cocido madrileño cocinado a fuego lento y con carbón de encina desde el año 1870 se ha convertido en su plato estrella; La Copita Asturiana, en la calle de Tabernillas, donde, como su propio nombre nos da a entender, se preparan los platos más típicos de esta región septentrional de España; Vinos Maxi, refundado como La Botillería de Maxi en la Cava Alta, donde tuve la ocasión de degustar hace algunos años el vino y el caldito que resucitan a un muerto en uno de esos días heladores del invierno madrileño; Casa Rodríguez, en la calle de Maldonadas, entre La Latina y Cascorro, que lucía orgullosamente en su entrada la fecha de su fundación en 1860 a ambos lados de su puerta y que, convertida

hoy en un bar de cervezas todavía conserva parte de su antiguo aspecto; Los Caracoles, en la calle de Toledo, muy cerca de la Puerta de Toledo, abierta en 1982, donde existió una antigua taberna de espejos cóncavos y barra de estaño; Casa Oliveros, en la calle de San Millán, donde un cocinero dibujado en azulejos de color azul, amarillo y blanco se nos presenta tan orondo y tan gordito, haciendo su peculiar propaganda del restaurante: «*Para comer bien/ y barato,/ San Millán 4*»; El Anciano, rey de los vinos, sita en la calle de Bailén, justo enfrente de la Catedral de la Almudena y del Palacio Real, es una más que centenaria taberna —data de 1909— cargada de historia y testigo de importantes acontecimientos. Consultando algunas fuentes y recordando el antiguo letrero que figuraba sobre la puerta de otro establecimiento existente en la calle de la Paz, estoy en condiciones de afirmar que no fue el único Anciano el de la calle de Bailén, pues en dicha calle de la Paz, detrás del reloj de la Puerta del Sol, existe aún una taberna llamada La Casa de las Torrijas (As de los Vinos) más antigua incluso, ya que tiene su origen en 1907, cuyo nombre anterior hacía también referencia al Anciano. Al parecer existieron también otras dos tabernas homónimas, una en la calle de Fuencarral y otra en la de Leganitos, pero, de estas dos últimas, quien escribe estas palabras solo tiene la constancia que se pueda derivar de la información obtenida a través de la página informativa de la propia casa. Por el contrario, puede decir, por su experiencia personal en frecuentes ocasiones, que en la primera de estas tabernas se sigue sirviendo el clásico vino dulce con su oblea, y en la segunda torrijas durante todo el año.

A mitad de camino entre estos dos lugares de la tradición madrileña nos encontramos al final de la calle Mayor con Casa Ciriaco, lugar de tertulia del periodista Julio Camba, del pintor Ignacio Zuloaga y del polifacético Mingote, y en el número 18 de la calle de las Huertas con una de las tabernas más antiguas de Madrid. Casa Alberto fue fundada en el año 1827, y desde entonces ha sido lugar de encuentro de personalidades del mundo taurino y artístico.

Apartándonos ya un poco más de lo que es el distrito Centro, pero todavía en él, nos encontramos con La Bodega de la Ardosa, en el número 13 de la calle de Colón, y ya en el de Chamberí con otra bodega del mismo nombre en la calle de Santa Engracia, muy próxima a la tradicionalmente llamada Glorieta de Iglesia (Glorieta del Pintor Sorolla desde hace algún tiempo). Otras dos Ardosas, situadas en la calle de Conde de Peñalver y General Díaz Porlier, en el madrileño distrito de Salamanca, así como otras cuantas más repartidas por distintas zonas de la capital desaparecieron lamentablemente con el transcurso de los años. También en el distrito de Chamberí y en la calle de Santa Engracia, justo al lado de la Plaza de Chamberí, se conserva el lugar donde estuvo situada La Colorada, castiza taberna del Madrid de siempre donde se podía degustar una exquisita merluza, y en la que en la actualidad se halla ubicado el restaurante vasco Kulixka, especializado en angulas, que ha sabido guardar en su exterior la típica fachada cuyo color daba nombre al antiguo local.

En el distrito Centro limitando con el de Chamberí, en el barrio Universidad, en el sector que forman la calle de Alberto Aguilera en sus números impares con la de San Bernardo, y muy cerca del Centro Cultural Conde Duque, descubriremos fácilmente La Taberna del Limón en la calle del mismo nombre, de la que los expertos hablan de su «excepcional arte a la hora de tirar las cañas», Casa Julio en la calle de la Madera, un auténtico espacio en rojo con dos flamantes racimos de uvas flanqueando su nombre, también en rojo, y Vinos el 2 en este mismo número de la calle de Sagasta, justo al lado de la Glorieta de Bilbao, fundada por un gallego de Lugo en 1880.

Si, dejando a un lado estas calles de inmensas calzadas que en un tiempo fueron agradables bulevares, continuamos hacia la zona de Alonso Martínez y nos adentramos por la Plaza de Santa Bárbara atravesándola, podremos llegar a la calle de Argensola, donde veremos La Tasca Suprema, con sus platos basados fundamentalmente en la cocina y en la huerta de Navarra, pero sin abandonar

nunca su toque madrileño. Y así, casi sin darnos cuenta, nos hemos introducido en el barrio de Justicia para terminar nuestra ronda gastronómica del distrito en El Comunista, sobrenombre que le dieron los vecinos del barrio, porque en el letrero de la fachada solo consta «Tienda de vinos y comidas». Su sencilla decoración, su carta amarilla pegada en los cristales de la puerta con precios más que razonables y su ambiente familiar son notas características de esta simpática casa de comidas.

Transcribo literalmente las palabras de Beatriz López en Somos Chueca (el periódico de tus barrios Chueca y Salesas en Madrid) para resaltar la importancia histórica de este lugar: *Lo cierto es que por ese local pasaba una parroquia de lo más diversa, que convivía en total armonía: afines a Pablo Iglesias, militares de algún cuartel vecino, actores, escritores y vecinos del barrio. Personajes como Antonio Machado, Azorín, Rafael Alberti y Jacinto Benavente se dejaron seducir por sus comidas caseras y su aguardiente, que aún hoy siguen ganando adeptos y prolongando las sobremesas.*

Vamos adonde nos llevan los pies y aparecemos en la calle de Jorge Juan, esquina a la de Príncipe de Vergara, ya en el distrito de Salamanca, donde comienza el barrio de Goya. En esa esquina observamos el letrero de Casa Maravillas anunciando la taberna donde anteriormente se ubicaba Casa Puebla, curioso local que inició su actividad en los comienzos del siglo XX y que, de un tiempo a esta parte, viene ofreciendo una cocina clásica y una variada bodega en la que destacan los caldos madrileños, sin olvidar ni mucho menos su peculiar «menú castizo».

Seguramente quedarán algunas de ellas en el tintero, pero por mi memoria desfilan como rosas encarnadas incrustadas en las paredes de las calles del antiguo Madrid típicas, castizas, tradicionales, con su sabor inconfundible y su color rojo de lápiz de labios, su encanto y su sabor inconfundible, las tabernas coloradas.